

Ahora ya es tarde. Quisimos
tocar con las pobres manos
el prodigio.

Ahora ya es tarde: sabemos.
(No supimos lo que hacíamos).
Ya no hay caminos. Ya no hay
caminos. Ya no hay caminos.

Cuando nada se desea
todo se posee. (El círculo
se ha cerrado. Nos retiene,
sin remedio, en su recinto).
Ángeles soberbios. Ángeles
ciegos. Ángeles malditos.
Ahora ya es tarde. Se apaga
el mundo recién nacido.
Ya no hay caminos. Ya no hay
caminos. Ya no hay caminos.

Cuando nada se desea
todo se posee. Miro
la llama. ¿Quién nos mandó
tocar su centro encendido?
Al fuego se le posee
con los ojos. (Ni sus hijos
pueden tocarlo). Ya no hay
caminos. Ya no hay caminos.
Sabemos. El terso sueño
se ha roto. Ya no hay caminos.
Desamparados tendemos
puentes de espíritu a espíritu.
También el cuerpo quería
romper su lastre infinito.
Las almas a su través
se buscaban. Se han hundido
para siempre. No se encuentran
para siempre. No se encuentran
las almas. Ya se ha cumplido
lo fatal. Sabemos. Ángeles
ciegos. Ángeles malditos.
Las almas se han marchitado
sobre los cuerpos marchitos.
Ya no hay caminos. Ya no hay
caminos. Ya no hay caminos.

Cuando nada se desea
todo se posee. El fino
vidrio de la paz se rompe
deseando. (Como el río,
sólo se para y descansa
cuando deja de ser río).
Prisa por llegar. Candentes
avideces. Rojo vino
en el que los vencedores
se igualan a los vencidos.
Oh, cuánta desolación.
Qué caída en el vacío.
Oigo al otoño ventoso
tañer su cuerno amarillo.
Aroma de oro dorando
aroma de tierra. Piso
la tierra. Miro la tierra
hermosa...

Torno a lo mío:
cuando nada se desea
todo se posee. (El círculo
se ha cerrado). Todo en torno
es lo mismo y no es lo mismo.
Se han borrado para siempre
camino, muchos caminos.

Y estamos solos. De pronto
nada parece tranquilo.
Nuestra voz suena a voz de otros
que jamás han existido.

Y se cierra todo. Todo.

José Hierro del Real nació en Madrid el 3 de abril de 1922, aunque gran parte de su vida transcurrió en Cantabria, pues su familia se trasladó a Santander cuando José contaba con apenas dos años. Allí cursó los estudios elementales e inició la carrera de perito industrial, que se vio obligado a interrumpir en 1936.

Al finalizar la Guerra Civil fue detenido y procesado por pertenecer a una «organización de ayuda a los presos políticos» e ingresó en prisión, donde estuvo hasta el mes de enero de 1944, en que fue puesto en libertad en Alcalá de Henares. En prisión desarrolló una intensa actividad, y en los escritos de ese período quedaron plasmados muchos de los

sucesos vividos durante la contienda, como la muerte de su padre, la interrupción de sus estudios y el descubrimiento de la generación del 27, a través de la antología de Gerardo Diego, a quien consideró su «padre espiritual».

Tras ser puesto en libertad, Hierro se trasladó con José Luis Hidalgo a Valencia, donde se dedicó a escribir. Por aquellos años, participó en la fundación de la revista *Corcel*, y perteneció, junto con Ricardo Gullón, al grupo fundador de la revista *Proel*, donde publicó *Tierra sin nosotros*, su primer libro de poemas, en 1947. Ese mismo año, obtuvo el Premio Adonais de poesía por su segunda obra, *Alegría*. Desde entonces ha recibido numerosas distinciones como reconocimiento, no sólo a sus méritos literarios, sino también a su ejemplar actitud ante la vida.

Volvió a Santander, donde trabajó ejerciendo muy distintos oficios: desde conferenciante, a tornero, listero, profesor, redactor jefe de las revistas de la Cámara de Comercio y la Cámara Agraria, etc. En 1949 contrajo matrimonio con María de los Ángeles Torres. Poco después se trasladó a Madrid con su mujer y sus dos hijos mayores. En la capital comenzó a trabajar en el CSIC, en la Editora Nacional y en el Ateneo. Asimismo, colaboró en diversas revistas de información y en Radio Exterior de España y Radio 3; posteriormente, se incorporó a Radio Nacional de España, en donde permaneció hasta su jubilación, en 1987.

Hierro ha dedicado una buena parte de su vida a la pintura, cuyo lenguaje conoce tanto como el de la poesía. En 1944 hizo su primera crítica pictórica —sobre la obra de Benito Ciruelos—, labor que ha continuado ejerciendo en distintos medios de comunicación.

Uno de los símbolos de la poesía de Hierro es el mar, metáfora de la eternidad, sin pasado ni presente, encarnación del instante que el poeta quiere atrapar, para hacer de su experiencia algo irrepetible.

Del mismo modo, la música constituye una parte esencial de su poesía, que es ante todo música de las palabras, extensión de la vida. Su obra, más intensa que extensa, constituye una síntesis del equilibrio entre el «impulso solidario de sus temas y la relevancia artística de sus formas», cualidades que lo hicieron merecedor en 1995 del IV Premio Reina Sofía de Poesía Iberoamericana, uno de los más importantes en el ámbito poético español.

Su último libro de poemas, *Cuaderno de Nueva York*, es considerado por la crítica como una de las máximas obras de la poesía contemporánea.

Nombrado «Hijo Adoptivo de Cantabria» en 1982, fue galardonado en 1998 con el Premio de Literatura Miguel de Cervantes por lo que, en consecuencia, es miembro del Patronato del Instituto Cervantes. El 8 de abril de 1999, después de que se presentara su *Antología poética*, fue elegido miembro de la Real Academia Española.

Fallece el 21 de diciembre de 2002, en Madrid, a los 80 años, en plena vitalidad poética.

Y se cierra todo. Y todo